ALJIBE

REVISTA DE SEVILLA



CARTA DE VICENTE ALEIXANDRE

Queridos amigos:

Es conmovedor para un poeta nacido a esas orillas del Guadalquivir saludar la aparición de una nueva revista de poesía juvenil en la ciudad de Sevilla.

En diciembre último estùve entre ustedes. Por primera vez leí y comenté versos mios para un público de sevillanos. Aquella tarde, inolvidable para mi, una masa, que asi hay que llamarla, de jóvenes impacientes se separó del público general y rodeó al poeta que acababa de comunicarse. Entre el hervor juvenil supe que aquel era el plantel, el generoso montón, para mi todavia indiferenciado, de los nacientes poetas de la ciudad. Sevilla me sorprendia otra vez mostrandome el nuevo brote copioso, la oleada confusa, todavia indistinta, de una inminente promoción de poetas que queria corporeizarse, tomar ser, derramarse acaso algún dia, hacia muchas partes, desde la Sevilla sin fin.

¿Recuerdan ustedes, después, aquella tarde que pasamos juntos en el simpático Club recogido?. Mi Sevilla en invierno, casi nieve, casi sol; Sevilla mia desconocida. Aquella gran rueda, en la amplia habitación templada, la recuerdo como un movimiento girante de voces encendidas y comunicadas. Versos y prosas, nombres, proyectos, entusiasmo, y entre todo ello, expresandolo, la aspiración, el anuncio que ustedes me hacian de una revista donde toda aquella masa de afanes pudiera concretarse. Tirón, élla, hacia fuera de todos ustedes, que, más que exponerles y publicarles, lo que hiciera fuese poco a poco ir formándoles, gestándoles y, al cabo, si era posible, manifestándoles desde la gran matriz en que todavia estaban inmersos.

Hablabamos de MEDIODIA, la inolvidable publicación que cumplió su ciclo perfecto, canon de la revista de poesía joven en Sevilla, y nombre que hoy ya nadie puede tocar. Y por eso ustedes se llaman ALJIBE, palabra de resonancia *andalusi*, desde la que parecen querer recoger más que aguas y cielo, y ojalá allí se mezclen el aire vivo y su vigilante fulgor, y se reflejen rostros y movimientos, y puedan tantas almas y situaciones copiarse y sucederse como murmullos, presagios, presencia, conocimientos, gracia y sabiduria, consiente y otorga, en muy justos casos, la permanente luz de Sevilla.

Que ustedes se cumplan, y que ella les dé a ustedes suerte, y en ese dicho encierro y cifro el voto profundo que sólo ahí, en esa ciudad y con esa palabra, más destino que azar, puede entenderse.

MADRID, noviembre de 1951

ANGEL MEDINA

Si te escuchas,
hay un golpe de todo en cada golpe de tiempo
hay un golpe de calles agolpadas.
Desde ayer
párate ante las hojas maduras.
A las cinco
la estaba recordando y la quería,
a las siete - el tranvia de las seis iba lleno de gente-
la acera terminaba en espadaña,
la quería en espadañas,
¡benditas todas las calles que terminan
en plaza, que terminan por la tarde
en plaza con iglesias y con palmeras!
a las ocho
no la supe decir que la quería
y tampoco a las nueve;
a las diez de regreso, iba hablando con ella
y no la quise:
tanta gente y las luces
¡cómo estoy sorprendido!
Si quizàs hubo nubes abiertas
para nosotros antes de dejarnos;
tampoco ésta mañana
-¿La quiero?-
le dije más de lo de siempre muerto
y cuando ardo vivo.
Sin embargo a esta hora
caldeado por un rayo de sol entre los ojos
sé que debo quererla
mucho más que me imagino
porque esta ternura que se me sube
cuando pasa-a las cinco-
algún carro hacia el campo
será para las seis, para las siete,
para las luces, para nuestro encuentro
y cuando no haya estrella, ni palabras,
y cuando me desueñe
para un día de amor de todo el día.

BERNARDO VÍCTOR CARANDE

EL AÑO HA SIDO SECO

El año ha sido seco. Hogaño y antaño y el otro, y asi hasta cinco, han sido años secos. Cinco años sin agua, uno encima del otro, formando una senara de pasto seco. Alrededor del pueblo mires donde mires, todo es blanco o amarillo o grisáceo o inhumano. Todo es desgraciado. Los mismos caminos que suben al pueblo son senderos ásperos, rudos, polvorientos en los que se duermen los labradores. Hace cinco años ya, que el año es seco. Y en el pueblo, que es muy pequeño, hay cien vecinos que no tienen agua y que comen, todo, amargo y salobre. Hay mucha gente por las mañanas en un pozo, allá abajo, en la huerta del alcalde; y mientras las mujeres vestidas de negro dan vueltas y vueltas a su impaciencia; los hombres en la sementera, que cae hasta el pozo, sudan y sudan. Hace ya meses que el agua se vende y meses, también, que emigra la gente del pueblo: los que tienen dinero amontonan ante la fonda sus baules y sus colchones, y cogen el camión de la tarde hacia el sur o hacia el norte; los que tienen poco cargan sus carros y echan a andar; y los que nada tienen se quedan en el pueblo. Se miran unos a otros y no dicen nada.

Las mujeres ayer sacaron el Cristo, aquel que las miraba desde allá arriba en la ermita: lo cogieron en hombros y con él dieron la vuelta por las últimas casas del barrio alto. Cuando volvieron a la ermita le enjuagaron el rostro. Pero los vecinos han perdido su fé, ya no son creyentes: hace varios meses que todos los dias sacan al Cristo y. . . no llueve. Ya no saben si estan en invierno o verano; todos los dias son iguales: igual de largos, de secos, de amarillos. Los hombres no se hablan, las mujeres lloran, y los niños sucios se revuelcan en el polvo pidiendo pan. Solo por las noches aquel escenario de pobreza y lástima se duerme, y surge de los distintos tejados una indeterminación que tranquiliza los aires. Si no, no hay duda alguna de que el mal aire arribaría a aquel pueblo en un momento, y se estacionaría en la plaza grande, alli donde se pudiera recoger más sangre. A pesar de todo hay gente que no lo aguanta, que no lo puede resistir, hombres que ya llevan sin afeitarse varias semanas; mujeres con trajes negros que, de tanto tiempo en uso, se han vuelto grises, niños en fín, a los que les crecen canas. Estos hombres, así, trotan por las calles durante la noche detrás de sus mujeres. Son sus correrías un vaho negro que delimita las esquinas. El hombre con los brazos al aire coje a la hembra, la mujer llora y chilla. . .

Y el hombre la pega con una retama mientras los niños tristes bostezan sueño. Y así una noche y otra noche las callejuelas se alborotan con estas correrías; que siempre terminan junto a una cruz - allá en el punto mas alto del pueblo - donde acaban por dormirse unos con otros. A la mañana temprano se abren las casas y antes de que el sol los coma vivos, los hombres dirijen sus pasos hacia sus tierras. Unos llevan grano en sus sacos de arpillera, otros las hoces para segar. Y hay alguno todavía que baja a su huerta montado en burro. Perros hay cada vez más, gatos cada vez menos.

En casa de Manuel está Casilda su mujer: ella cose y zurce de día y de noche, prepara la comida y da el pecho a su niño: un pequeño feo, sucio y triste. Tienen un hijo, ya mayor, de veinte años, Juan; y dos gemelas, de doce, consumidas y devorando arroz a todas horas. En el fondo de la cocina, ahora apagada, hay una vieja; la madre de Manuel que nunca dice nada y solo mira fijamente con ojos puntiagudos y vidriosos. Intermitentemente Casilda dice:
— Cuanto tarda Manolo.
— Tarda mucho Manolo.
— Usted, madre, ¿verdad que tarda ya mucho Manolo?
Y así vino la noche, se puso el sol y ya a hora avanzada llegaron Manuel y su hijo Juan. Venían rotos, destrozados, llenos de polvo, barbudos. Casilda saltó asustada:
— ¿Que pasó, Manolo? ¿Por Dios, que pasó?
— Nada, mujer, nada.

Se dirigió a su hijo:
— ¿Hijo?
le dijo Juan:
— Madre.
Manuel no contestó a los requerimientos de su mujer y, despues de cenar, volvió a salir con Juan.
— ¿Donde vais? Decidme: ¿porque sales tan tarde Manolo ? Para que salga la luna falta todavía mucho tiempo. Y tu, Juan, ten cuidado.
Salió a la puerta y los vió bajar la calle. Una vecina inquirió más arriba;
— ¿Donde va Manolo, hermana Casilda?.
— A la huerta a por agua, hermana Felisa.
Ella volvió a la lumbre y se quedó mirando la chimenea hueca, sin fuego, fijamente con los ojos dilatados. Estaba asustada.

Ellos bajaron la cuesta a grandes zancadas. El padre un poco más adelantado que el hijo. Este - en su cara de simio un cigarro blanco - llevaba un bastón en sus manos. Sus callos repiqueteaban sobre la lisa madera. Dejaron más abajo el camino y torcieron hacia el arroyo. Allí en una piedra tropezó el padre y cayó hacia adelante. Se le clavó en los brazos una jara seca, y al arrancársela brotaron unas gotas de sangre. Luego subieron por los terrazgos y al meterse entre las higueras bajaron la cabeza. Ya la luna fuera, al pié de la colina, en un terraplen, vislumbraron, nuevamente, el bulto torcido del coche volcado. Antes, cuando volvían hacia el pueblo vieron el coche accidentado; dentro el chofer muerto y un matrimonio joven; él casi destrozado y ella que parecía todavía viva, desmayada. Se fijaron con envidia en las joyas de

ella y en dos maletas abiertas y desparramadas sobre el suelo. Se fueron, pensando en volver a la noche. Ahora: la luna detrás de un pico dejaba en sombras el declive, ellos se dirigieron al coche y abrieron las puertas contrahechas: los hombres seguían allí, pero la mujer había huido. Les entró miedo. Juan quiso escapar.

— ¡No padre, no!.

Pero Manuel le pegó y le hizo agacharse y que sacara al cadáver su cartera. Desvalijaron el coche y los cadáveres y ya cargados iniciaron la subida hacia el higueral. Antes de llegar arriba, el coche ardió. Manuel había encendido con su mechero de chispa el depósito de la gasolina. Iluminó la noche la llamarada y vieron despavoridos allá, mas adelante, a unos quinientos pasos, la cara horrorizada de la viajera.

Ella echo a correr: iniciose la carrera. El padre saltó hacia abajo todavía con la maleta y un chaquetón de cuero en los brazos. Su hijo tropezó con el bastón y cayó. Luego se izó y galopó detrás de Manuel. Ella ya había llegado al arroyo. Corría sin aliento con su pelo claro al aire, destrozada su ropa... Al llegar a la carretera de entrada al pueblo perdió un zapato. Ellos tras ella aspiraban ruidosamente y silbaban tras aquellas piernas. Ya Juan casi la alcanzaba, cuando la luna se puso. Una nube...¿una nube? Si, y gotas, gotas que se abrian dejando paso a la mujer que llegaba exhausta, a la entrada del pueblo. Juan se paró, se tiró al suelo:

— ¡Padre! ¡Llueve!.

Manuel besó el agua que le caía sobre la boca y siguió trás la mujer. Ya había tirado la maleta y hasta el chaquetón de cuero. Pero la tenía que alcanzar, si nó... en su mente supersticiosa la horca. Ella ya no pudo más, cayó desmayada en la plaza chica después del repiqueteo de sus pasos sobre los ladrillos húmedos de la calleja. Llegaba el hombre que iba tras ella.

Pero cuando Manuel llegó a la plaza - la lluvia ya era fuerte - abriéronse las puertas de las casas y un coro de mujeres todas de luto, un grupo de hombres todos de negro y mil niños muy feos, sucios y tristes, clamaron rodeando a la joven. Y ante ellos Manuel. Un espacio de incredulidad se desplomó sobre la plazuela. Casilda bajaba su calle chapoteando con las gemelas detrás. Y ante un marco de luto: negro, muy negro, se extasió la pregunta:

— ¿Tu?

— ¿Tu, Manuel?

— ¿Que has hecho, Manolo? — Llamó sollozando Casilda.

Y un tu, tu, tu, quedó vibrando por las aceras y las paredes. Juan apareció, solo dijo:

— ¡Padre!. ¡Padre!

Y miró a la pobre viajera hecha un ovillo, encenagada, llena de barro, ofreciendo las piernas deshechas y las medias a las baldosas ayer sedientas. Las mujeres, los hombres y los niños tambien miraron, mucho, demasiado. Y casi comprendieron. Luego se volvieron, cogieron a Manuel, lo apretujaron y lo bajaron arrastrando con una cuerda hasta el pozo del alcalde. Allí, ante Casilda que lloraba mucho y las gemelas que sorbían sus mocos, lo ahogaron.

Después todo quedó mojado y siguió lloviendo furiosamente.

ANTONIO MURCIANO

SENSITIVA

A la hora violeta de un crepùsculo lento,
cuando mudo el Otoño palidece de hojas,
me he venido hasta el parque para colmar tu ausencia,
con el casto perfume de la flor sensitiva.

¡Oh, que temblor tomaban las manos turbadoras,
al sentir cómo, al roce primero de mis dedos,
se plegaban, esquivos, los pétalos de nieve
sobre el torso del tallo juvenil y desnudo!

Y era luego en el aire un ir refloreciendo,
un abrirse de nuevo al mimoso recato,
y era entonces el gozo por mis manos dejadas
como el tibio regusto del placer no cumplido.

Entonces le llegaba tu nostalgia a mi frente,
cuando las avispillas de mis besos amigos,
cuando el dulce reparo de mirarme a los ojos
y aquel decir palabras que te comprometieran.

Yo recuerdo que entonces, amor, me recreaba
en obtener la lágrima de tu pudor rebelde,
con la misma sonrisa que hoy hombre, me complazco,
viniendo a acariciarle sensitivas al parque.

Y qué distinta ahora mi mano en tus jardines,
ahora que ya no eres como la sensitiva,
ahora que ya conoces de mi tacto y me dejas
beberme, gota a gota, el licor de tus cálices.

AQUILINO DUQUE

A UNA ESPIGADORA

Sangrando están por ti las amapolas
y el gran perro del sol lame tu huella,
azul el mar sobre tu voz destella
y el heno azul de Dios sobre las olas.

Frente a la tierra estás y estás a solas
espigadora, luna gris, doncella,
tu sombrero de palma es una estrella
de trigo candeal y caracolas.

Frente a la tierra estás, ¿quién dijo amiga?
Novia del campo grande con la espiga
llama y rumor de espumas candeales.

Que, en amapolas y antes del verano,
espigadora, volveré a tu mano
y me desangraré por los trigales

ANTONIO GALA VELASCO

MADRE

A la mía, maternalmente.

Tú me hiciste doliente.
Doliente al transmitirme, con la vida,
el dolor que mi vida te costaba.
Doliente eres tú misma y yo doliente
de ese don largo, apenas aprendido,
que no tiene ni dónde, ni por dónde.

Qué catástrofe azul mi nacimiento
que te dejaba virgen todavía:
antes del brazo tuyo, cuando el seno,
fué el hijo quien perdió, los labios mudos,
la virginidad tuya, madre ahora.

Tibia conjugación, tú me tenías
envuelto en tí, primer verso tu seno.
Quién pudiera volver al blando cáliz,
gozar la blanda intimidad de entonces,
hacerte cuna, reclamar un puesto
en la perpetua cuna de tu cuerpo.

Madre, y toda la tierra
madre también, absorta,
pendiente de tu hijo,
sintiendo el verso agudo de tu hijo
que se clava en el sitio en qué él estuvo,
para que ella lo alumbre nuevamente.
. . .Y otra vez el dolor del verso propio,
del hijo propio, ya dos veces hijo.

Madre, poeta: déjame leerte.
Porque yo soy tu verso y tú el regusto
de mis versos: Madres los dos, poetas dulcemente.

Ojos abiertos tuyos, que me vieron
antes de ser, antes de haberte dado.
Ojos tuyos que fueron manos, pecho,
labios, gozoso reclinarme en tí,
gozoso reclinarme en tus pupilas
que adivinaron versos no cantados.

Manos tuyas, estrofas.
Fieles gritos lamiendo mis heridas.
Manos que alargan la caricia, para
poder verterla luego desde lejos.
Mano derecha tuya infatigablemente
alojada por mi corazón,
como el huésped que acaba por hacerse,
a fuerza de ternura, amo de casa.

Abismo, flor, perfume tú no tienes:
el corazón te lo robé yo un día. . .

Qué apariencia de nube enternecida,
de tarde redondeada en el poniente.
Dentro de tí, la sabia
perfección del gorgeo.
Tú eres amor, amores,
madre, lumbre encendida por tu hijo.

Qué temor sin tí, como
el temor sin el aire,
sin el árbol y el agua silenciosa.
Como el temor sin mí cuando me dejas.

Verso de Dios, verso de un hombre, mira
que el verso mío vuelve a tí saltando:
rayo de luz contra el espejo, lluvia.
El verso mío vuelve golondrina.

Vamos tú y yo, los únicos,
sobre el césped: la vida.
Los demás son lejanos, inconcretos. Tú y yo
vamos rotundamente
de la mano del mundo.

Y no podremos irnos
en distintos momentos, separarnos.
Porque cada uno, madre,
somos los dos, seremos
los dos en Dios, cuando la vida venga
sembrándonos estrellas en las órbitas.

Tú y yo, más tarde, ahora,
podremos confundirnos suavemente,
utilizar los dos la misma rosa,
la misma yerba, el mismo campanario.
Antes ya utilizamos, largo beso,
ambos el mismo cuerpo por estancia.
Oh, presencia de tí, presentimiento.
Mansa belleza, lago, madre mía.

JOSEFINA DE LA TORRE

RECTA INFINITA

Si el cristal es imagen del reflejo
y el espejo devuelve la presencia:
Si las aguas repiten igual eco
y la gracia está en toda transparencia,
¿por qué no hallar soñada semejanza,
doble llamada, tan correspondencia,
si el afán de alcanzar es siempre nube
y lo que aguarda está con la prudencia?
Como este amor que siento y que no acierto:
el pecho en vilo y el espacio ausente;
un elevar los brazos, una brisa,
una tenacidad de lo presente. . .
y el cerrarse los ojos cuanto acaso. . .
y enmudecer, porque soñó la frente. . .
y entregar voluntad, porque es la propia.
Y desear la fuerza del prudente.
Asi, encontrar calcado de mi misma:
asi tener amor que me quisiera.
Que al yo sentirme dardo en la distancia,
él fuera blanco que me recibiera.
Y que toda corriente estremecida
fuera corriente igual que recogiera.
Y que si ciega y muda yo aguardando,
enmudecido y ciego igual espera.

¡Ay, si fuera la sombra copia exacta
y los cinco sentidos cinco huellas,
tú y yo por este amor, recta infinita,
enfilador de luz a las estrellas!

JUAN COLLANTES DE TERÁN

CANCIÓN DEL ALMENDRO DULCE

Para Esther, bíblica y soñadora por aquella carretera donde vimos tantas cosas.

De almendro dulce
la varita que corté
la perderé.

Por aquí vino tu cuerpo
y por allí se fué;
al almendro dulce
dos piñas le planté.

Si perdí todo
contigo me quedaré
y con la varita blanca
- arrebolé -
de almendro dulce
tan dulce que te corté.

Pero me buscó tu mano
color de rosa de té,
lunaria de las cien noches
que te busqué y mi varita
te regalé.

De almendro dulce
la varita que corté
ya no la perderé.

JULIO MARISCAL MONTES

AGUAFUERTE

Andaba siempre entre marineros. Se la encontraba una y otra vez, delgadita y picante como un pecado venial, por los arrabales del muelle.

Era algo familiar entre los hombres de mar, de sensualidad desencadenada por muchos meses de travesía: marineritos azules con pantalón de campana y nombres de oro al frente del lepanto; morenos pescadores de la bahía; gente de acordeón y tatuaje que, bajo el rayado jersey, mostraban un triunfo de biceps endurecidos por el trajín de las amarras a las redes, sin otras ilusiones que unas copas de ron y unos besos pagados, enfermos, de lujuria y de hastío.

Conocía un mundo fantástico con países lejanos, de mares fríos como la sangre de los reptiles, de árboles inmensos en donde la guayaba y el agua de coco apaga la terrible sed de los trópicos, de palmeras que en la brisa se mueven con la gracia insinuante del abanico; aprendido en cualquier idioma entre mordiscos de deseo o jirones de una nostalgia desesperada en las interminables madrugadas del pecado.

Andaba siempre entre marineros pero nadie sabía de donde había venido. ¿Alemana? ¿Rusa? En una tarde de otoño, ya con el último sol en las vergas, la desembarcó algún vapor como una mercancía más en el babel tortuoso del muelle.

Cuando algún barco tocaba tierra, y los cafés del puerto se llenaban de humo y de risas, cantaba con una voz delgada, tísica, canciones obscenas de mozos con el corazón en la navaja, o mujeres de mal vivir, o se arrastraba con fidelidad de can, implorando unas monedas, entre las balanceantes piernas de los pescadores.

Así un día y otro, bajo el resol salino de los estíos o la monotonía lluviosa de los inviernos, sus senos exhaustos se agitaban en la atmosfera turbia de las tascas; sus manos heladas acariciaban la burda lanilla de los azules de uniforme; sus ojos enormes como dos gritos de carbón, ponían un relámpago siniestro en los húmedos callejones del arrabal. . .

Y se fué ignorada y sola como había venido.

Un alba de Septiembre - mástiles y banderas, cielos descompuestos del amanecer - apareció, muerta, flotando entre las aguas verdinosas de la Bahía. Tenía una crencha sobre los ojos, y una gran herida de cuchillo a través de su cintura espigada como un junco de ribera.

La encontraron las parejas que volvían de la resaca con las redes ahítas. Con un remo la empujaron hacia tierra, y allí quedó sobre la plata viva de los peces. Entre risotadas, comentaban sus muslos rígidos, sus hombros violáceos, su sexo fácil vapuleado por las olas de toda una madrugada. . .

Al crepúsculo la enterraron, apresuradamente, sin cruces ni epitafios, sin otra insignia marinera que un ancla dorada con un nombre y una fecha que la muerte disputaba a la rapacidad cruel de los sepultureros.

RICARDO MOLINA

TIERRA NATAL

A Luis Felipe Vivanco.

Yo paso con el tiempo y con él muero,
con las cosas que pasan voy de paso
¿quién es de quién? ¿Soy de ellas? ¿Quién es suyo?
¿Son mías? - Soy un viento de ceniza,

un gesto como almendro que se quiebra,
ayer en sombra y hoy sin espejo,
una voz que enmudece, una canción,
hoja de luz por cauce de silencio. . .

Yo muero con el tiempo y con él vuelvo.
Recuerdo un árbol. (Ya no es). La acacia.
Una flor. (Ya no es). Recuerdo el río,
el balcón y la calle rumorosa

donde nací, la torre y sus vencejos,
mas ya no son, no son, ni yo tampoco.
He pasado con ellos, con el agua
por las acequias del Genil ligero.

El cielo solo igual está esperándome
en el patio infantil entre albahacas,
en el viejo desván de los zuritos,
detrás de las persianas y las parras,

nube suave sobre la almohada,
crujiente fuego dulce en la cocina,
asomado a los frescos barandales
del tembloroso río y de sus álamos.

El cielo de mi tierra está esperándome
en las tardes lluviosas de noviembre
cuando escuchan los niños algún cuento
durmiéndose detrás de los cristales.

Un rayo de su azul cae en mi vida
desde estos cielos ásperos y rojos
cuyo río desbordante inunda hondo
el muro vago de los horizontes.

Una luz suya baña la hora yerta
sobre la yerba y la convierte en oro
lánguido con un dejo de violeta
y un son perdido en agua deslumbrada.

Y donde quiera que yo esté difunde
de su inocente flauta la dulzura
que es paz, si en sombra desolada vivo;
vida, si muero en desolada sombra.

JOAQUÍN ROMERO MURUBE

DISCURSO DE LOS TOREROS

Del homenaje a Manolo González.

Yo, señores, nací a la afición taurina en el hito más sublime de la fiesta. Gallo, Gallito y Belmonte. Esto es una categoría. Los que vivimos y gozamos de ésta trinidad de fenómenos, hoy, cuando oímos hablar de toreros, nos callamos ante muchas cosas, y le tenemos algo así como una lástima compasiva a los que se apasionan y discuten por lo que ocurre en éstos tiempos de toros que no son toros.

Aficionados hay - y así está el cotarro de la afición - que miden la importancia de las plazas por el número de corridas que en ellas se celebran, o por el número de localidades que aquellas plazas ubican. . . Cuando una ciudad ofrezca conjuntamente ante sus lidiadores tres magnitudes como Juan, Joselito y Rafael, entonces habrá otras catedrales del toreo. Mientras ésto no ocurra, el Vaticano de la afición nacional será la plaza de la Real Maestranza de Sevilla. Sólo aquí se ha dado ésta conjunción maravillosa.

Podemos decir en cierto modo que el toreo llegó hasta Gallo, Gallito y Belmonte. Y que el toreo comenzó en Gallo, Gallito y Belmonte.

¿Qué hubo en aquella edad de oro de la afición? Discriminemos un poco aquel conjunto de gloria. Hagamos algo de historia crítica artística ya que somos Comisario de Bellas Artes, y el toreo tiene mucho de museo en movimiento.

Discriminemos los valores de la edad de oro. En la trinidad sublime de Gallo, Gallito y Belmonte existe como en todo mundo bien organizado, primero, un elemento mágico, incontrolable, superior al tiempo y al espacio, a la luz y a la razón, que por una parte linda con las divinidades máximas, y por otra con el caos tenebroso. . . Este elemento mágico es Rafael, ''el Divino calvo''.

Vienen luego los dioses sometidos ya al orden y a la armonía. En ellos no hay defectos: tienen la fuerza, la juventud, la belleza, la sabiduría. Son dioses porque ya nacieron dioses. Y la gloria, para nuestra desgracia, los reclama demasiado pronto. Este fué Joselito.

Junto al elemento mágico, junto a los dioses, y para que el mundo sea mundo completo, faltan los hombres. Y aquí está Juan. Aquí está Juan Belmonte que si en lo físico no era casi persona, todas las tardes contendía victoriosamente con los gigantes y con los dioses.

En éstas tres figuras excelsas se concentra la creación del mundo del toreo moderno. Las fuerzas mágicas y elementales, Rafael. Los dioses que están en el cielo, Joselito. Los hombres victoriosos de la muerte, Juan Belmonte.

¿Qué caminos tenía el arte de torear después de este relámpago deslumbrador, después de éste ciclo fenoménico? Fijaos cómo en aquella época, a estos tres toreros se les llamaba todos los días fenómenos. Hoy, casi ha desaparecido ésta apelación de la literatura taurina.

Del elemento mágico nacen los toreros que torean con sortilegio, es decir, con un misterio de raza aparte. Estos son los gitanos. El toreo gitano es el único que puede ser acompañado por la guitarra. Y la guitarra no es el instrumento de la fiesta nacional. La fiesta nacional tiene su himno propio - el pasodoble -, como tiene que tener himno toda gran exposición, y exposición constante es el toreo. ¿Recordais el pasodoble de Gallito? Uno cierra los ojos, lo tararea para el alma y en el fondo de nuestra nostalgia surge una Maestranza ideal, como si fuese una Maestranza del cielo, porque si en el cielo hay toros, la plaza tiene que ser como la de Sevilla, y los toreros gloriosos, sublimes y un poco tristes, como es en el fondo un poco el pasodoble de Gallito.

Los gitanos tienen del tiempo y del espacio, es decir, de las dos extensiones puras de la existencia, una medida aparte de los demás mortales. Y en el toreo, ésto lo manifiestan maravillosamente. ¿Os acordais de aquella lentitud infinita del capote de Curro Puya? Parecía que su media verónica iba impregnada en un óleo denso de nardos y aceitunas. Esto en cuanto al tiempo. El espacio lo suelen revolucionar los gitanos con la arrebolera, con la larga, con esas peculiares improvisaciones en las que el capote sube de pronto y se convierte en pájaro, en columna salomónica que vuela, en palmera que busca el sol, en mágicos tirabuzones de colores que establecen una lejanía infinita - el grueso de una percalina - entre el toro y el artista.

Inmediatamente después del ciclo de la trinidad gloriosa surge un nuevo concepto en el arte del toreo. Y es, el llamado estilo sevillano. Cuidado: una cosa es la escuela sevillana, y otra cosa es el estilo sevillano. Este nace de una versión localista, de lo que en Joselito era infinita universalidad. Y el toreo sevillano surge principalmente con un artista de excepción que se llama Manuel Jiménez, "Chicuelo". En él, sortilegio gitano, se ha convertido en alegría; los macerados nardos, en fragancia de jazmines; la lentitud morosa, en agilidad aérea; el son de la seguidilla, en letra de sevillana de barrio.

A éste estilo sevillano medido, alegre, sabio, lleno de colorido y perfume, quizás le faltase la profundidad del elemento mágico, el escalofrío de lo inespresable. Y entonces se complementa con el blanco misterio de los duendes... Señores: ¡ahora sí que está difícil el toro! ¿Cómo vamos a hablar de los duendes del toreo, es decir, de algo que no se ve con los ojos, si no que lo sentimos en la raíz de nuestras entrañas, en la alegría de nuestras venas? Porque Dios lo ha dispuesto así, los duendes nos llegaron del barrio de San Bernardo. Aquí está Pepe Luis Vázquez. Por ahí anda ese "seise" de la torería actual que se llama Manolo Vázquez. No quiero tardar un segundo más en decirlo. Soy vazquista. Y si mi pluma valiese algo la cambiaría gustoso por lograr ése rayo de felicidad infinita y misteriosa que puede surgir en una milésima de segundo del capote, de la muleta, del modo de llamar a un toro, de la manera de estar en la plaza que tienen éstos duendes infinitos y extraordinarios del barrio más clásico de la torería.

Los gigantes, los dioses y los hombres. Con los hombres llegan las revoluciones. La revolución artística - y revolución social - en el toreo, llega con Juan Belmonte. Al principio no nos dimos cuenta de que era una revolución: creímos que era sólo un terremoto. Pero aún se está moviendo la tierra.

¿Es Belmonte el origen de todo el toreo moderno? Yo no quiero usurpar críticamente lugares que no me corresponden; hablo sólo como aficionado a las Bellas Artes. Puede que muchas gentes no estén conformes conmigo. Pero ya que no otros méritos, mis palabras han de tener por lo menos la virtud de la sinceridad. Creo que se ha exagerado la trascendencia de la revolución belmontina. Belmonte - ya hemos dicho antes - fué, como torero, un hombre que tuvo que contender con dioses y gigantes. Y triunfó. Sin él no hubiera sido posible la trinidad sublime a que nos referíamos al principio. Pero en Belmonte hubo cosas, como en Joselito, como en Rafael, que no han vuelto al toreo desde que Belmonte se fué. Hasta quien llevaba su misma sangre y su misma figura se encontró en su carrera artística en un camino sin salida. Otros, hallaron la muerte, como Pascual Márquez. Es posible, dentro del belmontismo, la versión nobilísima, respetable, excepcional y profunda de un Manolete. Pero hubo en el toreo de Juan un acorde que la gente ha olvidado - aquel que plasmó Benlliure en más de una ocasión - ; el de la fusión constante del hombre con el toro, el del lidiador que busca, crece, se transfigura, domina y gobierna desde dentro del toro, creando un espectáculo de terrible y continuada embriaguez victoriosa, que ha desaparecido por completo de los ruedos actuales. Es posible que hoy se lidie en los terrenos que el valor de Juan incorporó al toreo. Pero la densidad plástica, impresionante hasta la angustia y triunfadora hasta el delirio, como lo hacía el trianero, eso no ha trascendido a nuestros días.

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

VICENTE ALEIXANDRE, ANGEL MEDINA, BERNARDO VÍCTOR CARANDE, ANTONIO MURCIANO, AQUILINO DUQUE, ANTONIO GALA VELASCO, JOSEFINA DE LA TORRE, JUAN COLLANTES DE TERÁN, JULIO MARISCAL MONTES, RICARDO MOLINA, JOAQUÍN ROMERO MURUBE.

ILUSTRAN:

FRANCISCO DIAZ Y DIAZ, ENRIQUE SOPEÑA SCAPARDINI.

FLORES - SEVILLA